



## HISTORIA DE BERTHILA Y ALEJANDRA: JUSTICIA ES PARA MÍ QUE SE ACABEN LAS DESAPARICIONES

**A**lejandra Peña Beltrán tenía 24 años cuando desapareció. Fue el 6 de julio de 2013 cuando la vida nos cambió a todos. Éramos una familia sinaloense común y corriente, mi marido era operador de camiones y yo me dedicaba al cuidado de mi casa y mi familia. Había problemas como en todas las familias, pero teníamos todo lo necesario para vivir y estábamos muy orgullosos de nuestros cuatro hijos: tres jovencitas y un muchacho. Alejandra era la segunda, siempre había sido la más rebelde, pero era también la más cariñosa de mis cuatro hijos. Aún guardo las cartas en donde me dice que a pesar de que es la que más me mortifica, es la que más me ama; terminaba sus mensajes diciéndome: “nadie te va a amar como yo mami”.

Desde que era niña siempre fue muy firme con lo que quería y lo que no quería. Recuerdo que cuando se graduó de kínder, con su vestido blanco largo, hermoso, bailó el vals, me entregó el diploma y me dijo: “hasta aquí estudié mami”. ¡De 5 añitos diciendo que no iba a estudiar más, pues qué se creía la plebe! Desde entonces la escuela fue un problema, entraba y salía, pero siempre fue muy trabajadora. Ella hablaba inglés perfecto, lo aprendió cuando nos fuimos a vivir unos años a California, por el trabajo de su papá. Al terminar el primer año de preparatoria la mandé a los Estados Unidos con mi familia que vive allá, y se quedó un año y medio. A los 22 años se salió de la casa, quería ser independiente y la contrataron como guardia de seguridad en el aeropuerto. El ser bilingüe le abrió posibilidades, era muy apreciada en su trabajo y hubiera podido ascender si se hubiera quedado ahí. Pero era un trabajo muy pesado, en algunos turnos se tenía que levantar de

madrugada para entrar a las cinco y era muy miedosa, no le gustaba salir a oscuras rumbo al aeropuerto; “en el turno de la noche me asustan mami, hay fantasmas”, me decía. Así que finalmente decidió renunciar y con lo de la liquidación compró ropa para vender; no le gustaba tener patrón, y como era muy amiguera pronto tuvo una red de clientes y le iba bien en su negocio.

Aunque no vivía con nosotros, venía mucho a la casa a comer y yo la consentía y le hacía la comida que más le gustaba. En la época en la que desapareció estábamos llevándonos muy bien, habíamos superado muchos problemas y yo pensaba que ella estaba encontrando también su camino. Soy una madre de mente muy abierta y en estos tiempos ya nada me asusta, si hubiera estado embarazada o si en vez de novio tenía novia, la hubiera aceptado igual. No soy de las que dicen “sólo por esa línea”; no, la línea puede tener muchos bracitos y yo trato de entender a mis hijas y las acompaño en todo.

Fue en esa etapa, en la que ella estaba buscando su autonomía y regresaba a estudiar la prepa abierta, cuando alguien, por alguna razón que nunca entenderé, decidió acabar con todos los sueños de mi hija. La pesadilla inició cuando la señora que le rentaba un cuarto me habló muy preocupada para decirme que mi hija no aparecía. Me contó que estaban jugando a la lotería con Carla, una amiga de ella, cuando alguien le habló por teléfono a mi hija, era una voz de hombre y al parecer discutieron porque ella tenía el rostro desencajado. Alejandra les dijo que tenía que salir, pero que regresaba rápido, iba a poner saldo a su teléfono en un Oxxo; su amiga insistió en acompañarla. Eran como las once de la noche y salieron en chanclas, no iban vestidas como para salir de fiesta ni para hacer ningún viaje, por eso es que la casera se preocupó cuando no regresaron. En cuanto recibí la llamada me comuniqué con la mamá de Carla, y después de intentar llamarles a sus celulares, sin encontrar respuesta, decidimos presentar la denuncia. Ellas desaparecieron la noche del 6 de julio de 2013, y al día siguiente ya estábamos las dos madres en el Ministerio Público. Como pasa cuando son mujeres jóvenes las que desaparecen, nos dijeron que nos esperaríamos, que tal vez se habían ido con el novio. Hay muchos prejuicios contra las mujeres; cuando

pusimos el anuncio en la radio pidiendo apoyo a la ciudadanía para encontrarlas, la gente comentaba cosas horribles: que se fueron detrás del hombre, que se fueron porque ya estaban hartas de estar en su casa... y cosas así. Uno como madre se siente terrible de escuchar lo poco que importan las vidas de sus hijas.

Desde el momento en que mi hija desapareció ya sabía que algo le había pasado. Es una intuición que uno tiene como madre cuando sus hijos están en peligro. Iban a ser los quince años de mi hija más chica, y ella estaba ayudándome a organizar la fiesta, todos estábamos entusiasmados con la celebración. No iba a irse sin avisar con la fiesta en puerta. Ella nunca le haría una cosa así a su hermanita; ella la cuidaba y la quería muchísimo. Incluso perdí todo lo que había dado para el local, para la música, no hubo fiesta, sólo búsquedas.

La primera vez que fuimos a poner la denuncia sólo quisieron tomar las declaraciones de la mamá de Carla, porque no tenían tiempo. Yo tuve que regresarme a casa sin poder poner la denuncia, era una impotencia terrible. Hasta la fecha no sé qué fue lo que pasó realmente y no sé si algún día sabré la verdad, aquí nadie investiga nada y no me queda más que esperar la justicia divina. Pasaron varias cosas antes de su desaparición que podrían dar pistas si realmente se quisiera investigar, pero cuando finalmente pude poner la denuncia, cuatro días después, me dijeron que me guardara mis hipótesis, que por mi propia seguridad no le mencionara a nadie la información que tenía.

Y es que yo tenía unas pistas que me parecía muy importante seguir. Unas semanas antes de la desaparición de mi hija, un militar que trabajaba en el aeropuerto llegó a buscarme a la casa. Al parecer él le había rentado o prestado un departamento a Alejandra y ella había hecho un hueco en la pared para poner un aire acondicionado, sin pedirle autorización. Yo sabía de esto porque fui yo quien le regaló el aire acondicionado, pero no conocía al joven ni tenía idea de que había problemas entre ellos. El hombre estaba muy molesto y quería que mi hija dejara el departamento y le pagara diez mil pesos por las afectaciones. Yo le expliqué que no teníamos el dinero, pero que hablaría con mi hija y lo conseguiríamos. Cuando platicué con Alejandra sobre esta visita, ella se

molestó mucho y me dijo que lo resolvería. El militar me llamó varias veces más y tengo mensajes en donde nos decía que nos atuviéramos a las consecuencias si no le pagábamos lo que pedía. Pero nada de esto quedó consignado en la denuncia porque la persona que me tomó la declaración decidió que era mejor no mencionarlo.

Desde el primer día que puse un pie en el Ministerio Público empecé a presionar para que la buscaran, pero nadie me hacía caso; hasta se escondían de mí cuando llegaba. Así que decidí hacer yo misma las investigaciones. Hablé con el militar, pero él negó saber algo del asunto y me siguió exigiendo el dinero. También la familia de Carla lo buscó, pero no hubo manera de que nos diera ninguna información. Nos enteramos que había vendido su casa y nunca volvimos a saber de él.

La busqué por todos lados; fui a Estados Unidos a recorrer los lugares donde habíamos vivido. Haciendo caso a los rumores, fui a lugares donde había jóvenes drogadas y prostituidas. Lugares peligrosos, lúgubres. No me importaba mi vida, sólo quería encontrarlas. Sin embargo, en esos lugares oscuros las jóvenes se portaban bien conmigo, les enseñaba fotos de Alejandra y Carla y me decían: “pásele madrecita, búsquelas, pero aquí no están”. Nadie las había visto ni las conocía, no eran los rumbos que ellas frecuentaban.

Los primeros meses después de la desaparición estuve sola, todavía no encontraba a Las Buscadoras. Yo había pasado por un cáncer de mama, que fue un reto muy grande no sólo para mí, sino para toda la familia. Mi esposo se empezó a alejar a partir de la enfermedad, creo que le pesó mucho la mastectomía, muchos hombres no están a la altura de la situación. La distancia que se empezó a crear entre nosotros con el cáncer se convirtió en un abismo con la desaparición de Alejandra.

Fui yo quien durante tres años y cinco meses me dediqué a buscarla. Él se fue de la casa y siguió su vida; no sé si hizo otra familia o no, pero eso no me interesa ya. Toda mi vida empezó a girar en torno a la búsqueda de mi hija. Sólo encontrarla y proteger a sus hermanas me importaba, el matrimonio pasó a un segundo plano. Esto me lo anunció una de las videntes que fui a buscar los primeros meses luego de la desaparición. No me da vergüenza decirlo, una está desesperada y al no

encontrar ningún apoyo en las autoridades que deberían buscarlas, empieza uno a recurrir a lo que sea: vas con brujos, vas con charlatanes, vas con quien te lea las cartas.

En los primeros meses de la búsqueda fui con una mujer que hacía “lectura de ángeles”. Me preguntó: “¿Quieres volver a ver a tu hija?”, le contesté que sí y me respondió: “Esto tendrá un costo muy alto y es tu matrimonio”. “¿Usted cree que a mí me importa? Por supuesto que entregaría mi matrimonio”, le dije. Me explicó que “esto sirve para dos cosas, o para unirlos o desunirlos, acá está escrito que se van a desunir”. Y yo pensé: pues si ya estamos desunidos desde que me operaron. Si no me apoyó, si no le importó nada, si no me apapachó, ¿para qué lo quiero? Yo les entrego el matrimonio, ahí está, que se lo lleven, al que quiera se lo entrego, pero devuélvanme a mi hija. Eso pensaba yo, como si fuera posible hacer ese trueque.

Fueron tres años de seguir pistas falsas, de tocar puertas sin encontrar ayuda, de recibir llamadas de extorsión de Veracruz, de Monterrey, de gente que ve los anuncios de que tienes a alguien desaparecido y quiere aprovechar para sacarte dinero. Finalmente, a través de nuestras propias búsquedas, dimos con alguien que nos ofreció un mapa en el que se señalaba un punto en donde podrían estar enterradas Carla y Alejandra. Yo hasta entonces las buscaba en vida, no quería ni pensar en buscar sus cuerpos. Esta información me atormentaba, podría ser una pista falsa más para extorsionarnos, pero algo me decía que no era un engaño, que ese mapa sí podría llevarme a mi hija.

Fue entonces cuando decidí acercarme a Las Buscadoras. Había intentado contactarlas en otras ocasiones, pero encontraba la oficina cerrada. Me quedaba parada viendo las fotos de los desaparecidos que tienen en las ventanas; hombres y mujeres jóvenes, como mi Alejandra, que estaban siendo buscados por madres desesperadas como yo. Finalmente, un día pasé por la oficina y vi a Mirna Medina sentada con unas jóvenes, que después supe que eran psicólogas. Recuerdo perfecto esa tarde: Mirna me recibió así, con su sonrisa, como si me conociera de siempre. “Yo tengo una hija...”, le dije, y ya no pude hablar más, porque no puedo hablar de mi hija sin quebrarme. Entonces las psicólogas me



abrazaron, me sentaron, me dieron un vaso de agua. Le conté a Mirna lo que me habían dicho y le mostré el mapa que me habían dado.

El día que me hablaron para decirme que habían encontrado los cuerpos de dos jóvenes que podrían ser Alejandra y Carla sentí que me moría. Me preguntaron si mi hija tenía un trabajo dental, y sí lo tenía, porque una vez se había caído cambiando un foco. Mirna me acompañó a hacerme la prueba de ADN y empecé a buscar a su papá para que se la hiciera, pero él tenía el celular apagado y tuve que ir con una de mis hijas. En el momento más duro, cuando más lo necesitábamos, no apareció. Mi hijo vino desde México para acompañarme en todo el proceso, que fue durísimo.

Finalmente me dijeron que las pruebas de ADN habían sido positivas, que se trataba de mi hija. Pero no me dieron ninguna explicación, no me dijeron cómo la encontraron ni nada. Daban por sentado que yo ya sabía todo. Gracias a Dios soy una persona estudiada; si bien no terminé la carrera, leo mucho, me informo y lo que no sé lo pregunto. Pero igual fue una pesadilla burocrática. Fueron papeles y papeles. Nuevos interrogatorios: ¿cómo se llama?, ¿dónde y con quién vive? Yo sólo quería que todo terminara y que me entregaran los restos de mi hija. Después vinieron con el pretexto de que no me la podían entregar hasta que apareciera el papá y se hiciera la prueba de ADN. Entonces le hablé a Mirna, y ella hizo unas cuantas llamadas; la escuchaba discutir en el teléfono con esa fuerza que pone ella cuando quiere lograr algo. Fue ella la que me ayudó a salir de ese laberinto y me apoyó para recuperar a mi hija.

A partir de ese día fue como si encontrara una nueva familia. La mayoría eran madres como yo, también algunas esposas y hermanas, pero todas mujeres. Ellas me ayudaron a buscar a mi hija y desde entonces somos hermanas de dolor. Estar juntas, ir a las búsquedas juntas, es como una terapia. Mirna pensaba que yo no aguantaría ir a las búsquedas, caminar en el monte, pero soy de rancho y estoy acostumbrada a caminar, con más razón si es para encontrar a nuestros hijos e hijas.

Después de que me entregaron a mi hija, nunca me dijeron si seguirían la investigación, que se supone sigue abierta, pero nunca me

han buscado para nada más. No espero nada de ellos; no pido justicia porque la justicia sólo la da el de arriba, y Él va a poner las cosas en su lugar, Él va a poner los medios para que llegue la paz y la tranquilidad a mi alma. Para mí, la verdadera justicia es que se acabe todo esto, que no haya más jóvenes desaparecidos y que ya no haya madres como Manqui, como Mirna y como yo. Para mí esa sería la justicia.



## CARTA A BERTHILA

*Cada día es un nuevo comienzo, no importa lo que haya pasado el día anterior, importa lo que quieras vivir hoy. Leí un poco de lo que viviste en unas hojas, en unas pocas líneas comprendo el dolor que pasaste al perder a tu hija.*

*Te escribo desde mi propia experiencia como alguien que le ha tocado vivir múltiples violencias sólo por tener preferencias sexuales diferentes. La gente, y en ocasiones hasta tu familia, te rechaza. A veces por miedo al qué dirán, no puedes vivir una vida plena, lo único que nos toca hacer a personas como yo es aceptarnos como somos y enfrentarnos día a día a las críticas y al rechazo. No se puede vivir con libertad porque no tienes decisión propia, cuando peleas tus derechos recibes con frecuencia negativas, las circunstancias del rechazo de la gente te vuelven agresiva y con facilidad eres grosera y te defiendes a tu manera, a veces con palabras, otras veces a golpes. La vida, el tiempo, las circunstancias te hacen dura y te defiendes como sea, hay lugares donde no aceptan a las homosexuales y en ocasiones llegan a matarlas, y cuando una persona de nuestra comunidad muere es como si hubiese muerto un perro, a nadie parece importarle. Nuestras vidas parecen no tener ningún valor, es más, “una menos”, dicen algunos. Lo que no saben o no quieren ver es que tres de cada diez personas nacen con una preferencia sexual diferente y que los homofóbicos son gente cerrada, llena de odio. Nosotras no pedimos nacer así, en una familia puedes ser tú, o tu hija, tu hermana, tu sobrina o hasta tu pareja, una pareja que no sabe cómo empezar a vivir en ese mundo que tiene miedo de descubrir, aunque tenga deseo de vivirlo.*

*Yo soy bisexual, me gustan las mujeres y también los hombres; en el transcurso de mi vida fue difícil aceptarme y, por consiguiente, que fuese aceptada; durante mi matrimonio con un hombre tuve tres hijos varones. Desde que mi segundo hijo cumplió cuatro años descubrí que él actuaba diferente, que no era como los demás niños de su edad, ahora que ya creció y que me encuentro en la cárcel me he destapado y hablé con mis hijos de mis preferencias y mis gustos, les hablé de la importancia de*

*aceptarse uno mismo, como un primer paso para que los demás te acepten. Mi hijo, poco a poco, se ha abierto a mí, se ha atrevido a contarme a medias lo que él es y yo lo acepto; cuando él quiera aquí estoy, porque antes de ser su madre soy su amiga. Leo tu historia y me doy cuenta que tú también luchaste por ser amiga de tu hija y aceptarla como ella era, me duele tu dolor y me duele su muerte. Con esta carta quiero decirte que, aunque no la conocí, es una muerte que sí importa, es una vida que sí importó y ahora recordamos a Alejandra a través de su historia.*

*Imagino tu dolor y pienso en mi propia relación con mis hijos. Quiero decirles, ahora que puedo, que cuentan conmigo; para cuando salga ya no esconderé lo que soy, que mucho me ha costado, y cuidaré de mis hijos como siempre lo he hecho, los defenderé aunque sea con mi propia vida, pues todos tenemos la misma oportunidad a vivir una vida digna.*

*Una amiga que te comprende y entiende tu dolor,*

ANA YANCY